
AMAURY

POR

Alejandro Dumas

Traducción por Florencio S. de Yarza

La Nación

Buenos Aires

1911

Capítulos: **I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL, XLI, XLII, XLIII, XLIV, XLV, XLVI, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LI, LII, LIII, CONCLUSIÓN**

Existe en Francia una cosa tan peculiar, tan genuina del carácter nacional, que con dificultad se encuentra en otro país cualquiera: la conversación, en cuya especialidad no hay nadie que pueda competir con los franceses.

En el resto del globo se discute, se argumenta, se perora; sólo en Francia se conversa por costumbre.

No pocas veces, estando yo en Italia, en Alemania o en Inglaterra, me ha ocurrido anunciar de pronto que al día siguiente

me volvía a París. Si alguno, admirado de tan súbita resolución, me preguntaba:

—¿A qué vas a París?

Yo le respondía sencillamente:

—A conversar.

Y no era flojo su asombro al saber que yo, ahito de conversación, pensaba en hacer un viaje de centenares de leguas sólo por darme el gusto de conversar.

Nadie podía explicarse un capricho semejante; sólo me comprendían los franceses. Estos solían exclamar:

—¡Qué dicha! ¡qué placer!

Y sucedía a veces que alguno de ellos se venía conmigo.

A decir verdad no hay nada más grato que esas minúsculas tertulias que en un salón elegante improvisan unas cuantas personas charlando a su sabor, dando vueltas a una idea mientras dura el hechizo que produjo, para abandonarla después de sacar de ella todo el partido posible, cediendo al atractivo de otra nueva que a su vez surge en medio de las bromas de unos, de los discreteos de otros y de las agudezas de todos, lo cual no obsta para que súbitamente, al llegar al punto culminante de su desenvolvimiento, se desvanezca como pompa de jabón tocada por la dueña de la casa, que mientras sirve el té lleva de grupo en grupo el hilo de la charla general, recopilando opiniones, pidiendo pareceres, planteando problemas y obligando casi siempre a cada corrillo a verter su correspondiente frase en ese tonel de las Danaides que se llama «la conversación».

Por el estilo del salón que describo hay en París cinco o seis en los cuales no se baila, ni se carta, ni se juega, y sin embargo no se sale de ellos nunca antes del amanecer.

Cuéntase entre estos salones el de un buen amigo mío, el conde M... Digo amigo mío y en realidad no haría mal en decir amigo de mi padre, pues es el caso que el conde de M... quien por nada de este mundo es capaz de confesar *motu proprio* su edad (ni, por otra parte, tampoco hay quien le pregunte sobre ella), no dejará de tener sus sesenta y tantos años bien cabales, aunque no represente más allá de los cincuenta, gracias a lo extremado esmero con que cuida su persona. Es uno de los últimos y más genuinos representantes del tan calumniado siglo XVIII, lo cual debe sin duda explicar la escasez de sus creencias, circunstancias que (dicho sea en su honor), no le ha hecho caer, como a la mayoría de los incrédulos, en el afán de empeñarse en que los demás dejen de creer también.

Puede decirse que hay en él dos principios, uno hijo del corazón y otro del entendimiento, que mutuamente se repelen. Es egoísta por sistema y generoso por naturaleza. Nacido en tiempo de nobles y filósofos, el instinto aristocrático viene a equilibrar en su espíritu la independencia del pensador. Conoció a los hombres más conspicuos del pasado siglo. Fue bautizado por Rousseau con el título de ciudadano; Voltaire le auguró que sería poeta; Franklin le recomendó simplemente que fuese un hombre honrado y bueno.

Juzga el año terrible, el cruento 93, como juzgaba San Germán las proscripciones de Sila y las matanzas de Nerón. Con escéptica mirada ha presenciado el desfile de los asesinos, de los septembristas, y de los guillotinos, primero en carro y luego en carreta. Ha conocido a Florián y a Andrés Chénier, a

Demoustier y a Madama de Stael, a Bertin ya Chateaubriand; ha rendido homenaje a madama Tallián, a madama Récamier, a la princesa Borghése, a Josefina, y a la duquesa de Berry. Ha asistido al encumbramiento de Bonaparte y a la caída de Napoleón. El padre Maury y Talleyrand le llaman discípulo: es un diccionario defechas, un catálogo de acontecimientos, un archivo de anécdotas, un amina de agudezas.

Nunca ha querido escribir por temor de perder su preeminencia, pero encambio presume de *narrador*.

He ahí por qué su salón, como he dicho más arriba, es uno de los cinco o seis salones de París en los que, sin haber juego, música, ni baile, se pasan de un modo grato las horas hasta bien entrada ya la madrugada. Cierta es que en las esquelas de invitación escribe de su puño y letra: *Se conversará*, como otros estampan: *Se bailará*. Fórmula es ésta que suele alejar a banqueros y agiotistas; pero que atrae a los hombres de ingenio, siempre gustosos de hablar; a los artistas, dispuestos a escuchar, y a los misántropos de todo género, que nunca complacieron a la dueña de la casa bailando un solo, con el fútil pretexto de que la contradanza recibe ese nombre por ser lo contrario de lo que se llama danza.

Es innegable, además, que posee un admirable talento para cortar con una sola palabra, ya el desarrollo de cualquiera teoría que esté en pugna con el modo de pensar del auditorio, ya toda discusión que tienda a hacerse pesada.

Cierta día, un joven melencólico y de barbuda faz hacía en su presencia medidos elogios de Robespierre, declarándose acendrado partidario de su sistema, lamentando su prematuro fin y augurando su rehabilitación como un acto de justicia.

—Ese grande hombre no ha sido bien comprendido—dijo al terminar superiorata.

—Pero sí guillotinado, afortunadamente—replicó el conde de M...

Esta frase dio fin a la conversación por aquel día.

Hace un mes próximamente asistí yo a una de estas reuniones. A última hora se había hablado ya de tantas cosas que, agotados los temas, vino a tratar de amor. A la sazón, la conversación se había hecho general y entre los grupos cruzábanse algunas palabras sueltas.

—¿Quién habla por ahí de amor?—preguntó el conde de M...

—El doctor P...—contestó una voz.

—¡Ah! ¡Es curioso! ¿Y qué dice el doctor?

—Que el amor es una congestión cerebral de carácter benigno que se puede curar poniendo al enfermo a dieta, aplicándole sanguijuelas y usando de sangrías moderadas.

—¿Así opina usted, doctor?

—Claro que sí; por más que conceptúo preferible la posesión. Ese sí que es el remedio más eficaz.

—Está bien; pero supongamos que ésta no se consigue y que en tal trance acudimos a usted, que ha hallado la panacea universal, sino a alguno de sus colegas, menos prácticos que usted en la terapéutica, y que le preguntamos esta pregunta concreta: «¿Podemos morirnos de amor?»

—Eso no se pregunta a los médicos, sino a los enfermos—
repuso el doctor.—Respondan ustedes, señoras, y ustedes
también, caballeros.

Arduo por demás era el problema y, como no podía menos de
esperarse, dividiéronse las opiniones. Los jóvenes, que creían
tener sobrado tiempo para morir de desesperación, respondieron
que sí; los viejos, cuya vida pendía ya de un ataque de gota o de
un simple catarro, contestaron que no; las mujeres se limitaron a
hacer un gesto de duda. Eran demasiado altivas para negar y
sobrado sinceras para afirmar.

A todo esto empeñábanse todos en explicar sus votos
respectivos; así, que no había manera de entenderse.

—¡Ea!—dijo el conde de M...—Yo voy a dilucidar la cuestión.

—¿Usted?

—Sí, señores, yo mismo.

—¿Cómo?

—Explicándoles a ustedes el amor que mata y el amor que no
trunca la existencia.

—¿Así, pues, hay varios amores?—preguntó una mujer que
era tal vez, de todas las presentes, la que menos debiera haber
hecho tal pregunta.

—Sí, señora—respondió el conde.—Crea usted que costaría
trabajo enumerarlos. Pero vamos al asunto. Aún no son las doce;
de modo que disponemos de unas horas. Está cayendo una
copiosa nevada; aquí nos calentamos ante un fuego magnífico, y
ustedes forman un auditorio muy de mi gusto; conque,

prepárense a oírme. ¡Augusto! Ordene usted que cierren bien las puertas y tráigame aquel manuscrito que usted sabe.

Obedeció el interpelado, que era el secretario del conde, joven amable y distinguido, del cual se susurraba que podía ser acreedor a un título más íntimo; y, a la verdad, el paternal cariño que el conde le mostraba parecía justificar esta creencia.

La palabra *manuscrito* originó un movimiento de impaciente curiosidad y todo el mundo se dispuso a escuchar con religiosa atención.

—Perdonen ustedes—dijo el conde.—No hay novela sin prólogo, y yo debo concluir el mío. Adelantándome a toda sospecha he de advertir en primer término que nunca inventé yo nada. Explicaré cómo ha venido a mis manos ese manuscrito. Hace año y medio fui nombrado albacea de un amigo mío, y al registrar y clasificar sus papeles me topé con unas Memorias. El, como médico que era, escribió en ellas una especie de autopsia... (No hay que asustarse, señoras; me refiero a una autopsia moral, a una de esas autopsias del corazón que a ustedes les gustan tanto.) Con esas Memorias encontré otro diario de distinta letra, unido a sus recuerdos del mismo modo que la biografía de Kressler anda confundida con las meditaciones del gato Muur. Yo conocía aquella letra: era la de una jovena quien había visto muchas veces en casa de mi amigo, por ser éste tutor del tal mancebo. Los dos manuscritos, que sueltos resultaban incomprensibles, completábanse mutuamente constituyendo una historia que me pareció muy... ¿cómo diré?... muy humana. Interesóme mucho, a causa tal vez del escepticismo que me atribuyen... ¡Felices aquéllos a quienes se crea una reputación, sea cual fuere!... Decía, pues, que a causa del escepticismo que se me atribuye, casi nunca encuentro cosas

que me interesen, y viendo que ese relato me había subyugado el corazón en absoluto... (perdone usted, doctor; yo bien sé que propiamente hablando, esa víscera nada tiene que ver en tales asuntos; pero por fuerza hay que valerse del lenguaje corriente para hacerse entender). Juzgué pues, que una historia que de tal modo me había cautivado tenía que embelesar también a mis contemporáneos. Y además, ¿a qué ocultarlo? no era la vanidad del todo ajena a mi propósito: ambicionaba el título de escritor aunque para alcanzarlo hubiese de perder mi fama de hombre de ingenio, como le sucedió a M... aquel consejero de Estado a quien todos ustedes desconocen. Me puse a la tarea de ordenar ambos diarios y enumerar sus hojas colocándolas de modo que la narración fuese inteligible; borré después los nombres propios, que sustituí por otros muy diferentes, y puse todo el relato en tercera persona, acabando por encontrarme con dos tomos bastante voluminosos...

—Que usted no hizo imprimir porque aún viven los personajes de esa historia. ¿No es así?

—Ni por pienso. De los dos personajes principales, el uno murió ya hace año y medio, y el otro salió de París hace dos semanas; y yo les creo a ustedes sobrado atareados y olvidadizos para conocer a un muerto y a uno ausente, por mucha semejanza que exista en los retratos. Dista mucho de ser éste el motivo que me ha impulsado a ocultar los nombres de ellos.

—¿Pues cuál es?

—¡Chitón! No se lo digan ustedes a Lamennais, ni a Béranger, ni a Alfredo de Vigny, ni a Soulié, ni a Balzac, ni a Deschamps, ni a Sainte-Beuve, ni a Dumas. Me han dicho que cuente con uno de los primeros sillones que queden vacantes en la Academia a

condición de quesiga sin escribir absolutamente nada. Así que esté nombrado, recobraré mi libertad de acción y haré de mi capa un sayo. Augusto—prosiguió el conde, dirigiéndose al joven, que acababa de entrar con el manuscrito,—siéntese usted y lea: le escuchamos.

Obedeció Augusto, tomando asiento en el acto, y cuando todos nos hubimos acomodado bien para ser, como suele decirse, todo oídos y no perder detalle del relato, el joven comenzó así su lectura:

I

Al dar las diez de la mañana de uno de los primeros días de mayo del año 1838, se abrió la puerta cochera de un pequeño palacio de la calle de los Maturinos para dar paso a un joven montado en magnífico corcel de pura raza inglesa. Tras él y a la debida distancia salió un criado vestido de negro y montado también en un caballo de pura sangre, pero visiblemente inferior al primero.

No había más que ver a aquel jinete para clasificarlo entre los que, sirviéndonos de una palabra de la época, llamaremos lechuguinos. Era un joven que aparentaba tener unos veinticuatro años, y vestía con estudiada sencillez, que revelaba en él esos hábitos aristocráticos que se adquieren desde la cuna y que no puede crear la educación en aquellos que no los posean ya de un modo natural.

Forzoso es reconocer que su fisonomía estaba en perfecta consonancia con su apostura y su traje, y que no era fácil el imaginar facciones más elegantes que las de su rostro orlado de negros cabellos y negras patillas que le servían de marco y al que prestaba un carácter altamente distinguido la mate y juvenil

palidez que lo cubría. Ciertamente es que dicho joven, último representante de una de las más linajudas familias de la monarquía, llevaba uno de esos antiguos apellidos que van de día en día extinguiéndose, hasta el punto de que muy pronto no figurarán ya sino en la historia. Se llamaba Amaury de Leoville.

Si del examen externo, esto es, del aspecto físico, pasáramos al del interno moral, veríamos en su sereno semblante reflejado fielmente su espíritu. La sonrisa que de vez en cuando erraba por sus labios como si ellos quisieran asomarse las impresiones de su alma, era la sonrisa del hombre feliz.

Vayamos en pos de ese hombre privilegiado que recibió de la suerte, con el don de una ilustre prosapia, los de la fortuna, la distinción, la belleza y la dicha, porque es el protagonista de nuestra historia.

Salió de su casa al trote corto, y a este paso llegó al bulevar: dejó atrás la Magdalena, y tomando por el arrabal de San Honorato entró en la calle de Angulema.

Allí acertó el paso mientras fijaba con persistencia su mirada, que hasta entonces había vagado al azar, en un punto de la calle.

Lo que tanto atraía su atención era un lindo palacio situado entre un florido patio y uno de los extensos jardines, ya muy raros en París, que los ve desaparecer poco a poco para ceder el puesto a esos gigantes de piedra sin aire, sin espacio y sin verdor, llamados casas, con notoria impropiedad. Frente al edificio se detuvo el caballo, como obedeciendo a la costumbre; pero el joven, tras de lanzar una intensa mirada a las ventanas, que aparecían cerradas o imposibilitaban toda investigación indiscreta, siguió su camino, volviendo de vez en cuando la cabeza y consultando con frecuencia el reloj como

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

